

académico y dijeron que de «gaudeamus igitur» nada. Y eso que los Numerarios, en el colmo de la tolerancia les dieron cada vez más amplios poderes («Martínez en los próximos tres meses no podré ir a clase. Déla usted en mi lugar por favor»). Y que cuando empezaron a gritar, un ministro de hoy, allá por tierras asturianas, ya dijo que o se les oía o habría lío.

Y lo hubo. ¡Vaya si lo hubo! Porque sucedió lo que era de prever: los penenes se subieron a la parra. Y no hay nada peor que un enano infiltrado (eso es lo que son, enanos) subido a la ídem. Primero pidieron un contrato laboral, rompiendo con una gloriosa tradición de las aulas celtíberas según la cual la Universidad se reserva el derecho de velar por la integridad moral de sus alumnos y puede despedir a quien le de la gana, cuando le de la gana. (Pues no faltaba más). Después pidieron más sueldo argumentando que querían dedicarse *exclusivamente* a la docencia (¡Horror! Los enanos con todo el tiempo libre para dedicarse a sus burdas maniobras contaminantes de nuestra sana juventud). Y por fin enseñaron ostentosa-mente el plumero de su condición de agentes moscovitas en plan destructivo. Verbigracia: el ministerio decide que unos profesores se quedan fuera, pues ellos se empeñan en que ¡hala!, paro adentro; el ministerio cierra una universidad, pues ellos que no, que hay que abrirla; el ministerio dice que ha de haber normalidad académica y ellos organizan una algarada que dura cinco meses. Y así, en plan de chafar la gaita todo el rato.

Resumiendo. De todo lo dicho se desprende que los penenes son unos tíos con mucha jeta y poca corbata a quienes se les da la mano y te cogen el codo sin miramientos. Unos seres que han convertido la serenidad austera de las aulas en un lodazal judeomasonicomarxista. Unos verdaderos Luzbeles de la cultura superior. Hechos a prueba de ofensivas y reestructuraciones, por más técnicas que sean. ■ MAR FONT-CUBERTA.

EL RUMOROLOGO

Todo comenzó cuando, a punto ya de abandonar definitivamente su niñez, contempló una paja en el ojo ajeno. El ojo (en el que la imagen se reflejaba con una nitidez estremecedora) era el de un guarda jurado muy anciano del parque canijal de su ciudad natal. El guarda, a quien llamaban «el

mejicano» después de haber sido llamado «zapata» en alusión a su cojera, le corrió a bastonazos en una sustitución de corrimientos dolorosa.

Desde aquel día, el Rumorólogo se dijo a sí mismo que no hay nada mejor que los retretes. En un retrete del café de la plaza robó las botas de goma a un pocero al que atacó por la espalda con un ejemplar de «Escorial» envuelto en plomo para disimularlo. En un retrete consiguió una carta de recomendación mediante chantaje a un señor muy conocido que lo frecuentaba lanzando miradas implorantes a izquierda y derecha. La carta de recomendación le condujo a la capital general, y allí hizo romerías y romerías de retretes.

Sus largas romerías le llevaron a retretes con aire acondicionado, con acolchado en el lavafru- tas, con música de Wagner que manaba de esos agujeritos —asomándose a los cuales se ve a un cabestro que tortura a su madre— que todos los retretes, como es bien sabido, tienen.

Fue así como creyó saber que el mundo era un retrete y pensó en consecuencia que para estar en él tenía que convertirse en una mierda. Fue entonces cuando se peinó a navaja, se hizo tratar por el psiquiatra, y emprendió la última y triunfal romería que había de llevarle a las puertas de los retretes en los que se toman las grandes decisiones históricas. Estos fueron los retretes a los que nunca osaría entrar y en cuyos umbrales podían verle todos pidiendo las limosnas con una boina que en sus días de pobreza le había servido de áspero y sufrido calzoncillo.

En aquellos umbrales del cambio intestinal y de vejiga, se hizo remurólogo honorario y bufón reidor de urinario. Al que llegaba con prisa le decía «como corres», y le decía «hay otro antes» al que llegaba con el papel sin timbrar en la mano. Hacía morisquetas y cantaba viejas canciones que había llegado a aprender de aquella gente, cuando a alguno le daba por el gusto de pisarle una oreja, o bien gritaba, «¡así me sacas el cerumen, compadrón!».

Cuando los importantes caballeros iban acompañados de perros, él se dejaba —cariñoso— lamer los ojos por los canes.

por eso terminó su carrera de rumorólogo el Rumorólogo: se lió con un perro y se marcharon los dos a trabajar de mascota en un regimiento del Ejército de Liberación portugués, con la promesa de que serían perros policías en cuantito volviera Salazar al poder. ■ R.

A VECES PIENSO
QUE ÉSTO NO
TIENE ARREGLO



...ENTONCES
LORO AMARGA-
MENTE.



OTRAS VECES
PIENSO QUE
SI QUE LO
TIENE



ENTONCES LORO
AMARGAMENTE.



El roto